

místicos velos para contemplar las excelencias del Salvador? Los trajes de la hermosa Judit cautivaron de tal modo al general Holofernes que éste prendió fuertemente su corazón en el corazón de aquella providencial heroína. Pues he ahí á la Divina Eucaristía constituida en vestidura exterior de la hermosísima Persona de Jesucristo. ¿No os cautivará? y despues que Ella os haya cautivado ¿no prenderéis vuestro corazón en el Divino Corazón de Jesús? Sí; prendedlo, y una de sus abrasadoras llamas consuma las imperfecciones del vuestro para que seáis santos.

Dulcísimo Señor, prisionero secular en el Sacramento de los tabernáculos sagrados; nuestros ojos se dejan llevar desgraciadamente de las hermosuras terrenas, falaces, quizá de muerte; haced, pues, que los volvamos sólo á Vos Sacramentado, para que estén día y noche contemplando vuestra rica hermosura en el suelo á fin de que la contemplen más tarde sin celajes en el cielo. Amén.



## DISCURSO X

*Una noche al calor de Jesucristo Sacramentado.*

*Belleza y conveniencias de la Adoración Nocturna al Santísimo Sacramento del Altar.*

*In noctibus extollite manus vestras in sancta, et benedicite Dominum.*

Por las noches, tended vuestras manos hacia el santuario, y bendecid al Señor.

Ps. CXXXIII, 2.

1. Es una ley constante, demostrada por la eterna Verdad y evidenciada por la experiencia de todos los siglos, que existe oposición fortísima entre Dios y Belial, entre Cristo y Belcebú; y, asimismo, por participación directa, entre los hijos de la luz y los de las tinieblas, entre los buenos y los malos cristianos. ¿No os habéis fijado alguna vez en las obras de ambos? ¿No habéis formado exacto paralelo entre las virtudes de los primeros y los vicios de los segundos? La noche, esa ave mensajera que en sus negras alas lleva la triste obscuridad, el sepulcral silencio y la temporal quietud para envolver en sus marcadas sombras á la creación entera, es la favorable ocasión de que los mundanos se sirven para satisfacer sus pasiones, y la coyuntura propicia á favor de los buenos cristianos para cumplir con sus respectivos deberes.

Trasladaos por la noche á una de las calles más céntricas

de la ciudad, y paseaos en silencio por sus aceras. ¿Qué véis? ¿Qué notáis? Grupos de hombres que se dirigen casi maquinalmente al domicilio de un amigo, conocido por su dinero ó por sus simpatías, donde á la luz del cigarro y al calor de la dorada copa invierten miserablemente el tiempo en la crítica burlona, en la murmuración indigna y en la calumnia grosera; individuos que, después de haber satisfecho el apetito de la gula, se entran en los artísticos salones de los cafés, donde, al sabor del haba colonial, conversan, peroran, disputan, sin más fruto que el del pecado; señores de ambos sexos que, bien almidonados y oliendo á lascivos perfumes, ocupan las butacas de los teatros, donde las representaciones inmorales sugestionan sus bajas pasiones; hombres de mirada siniestra que, llenos sus bolsillos de dinero, penetran en los viles garitos donde pasan los días dando sus haciendas é intereses al azar, y blasfemando de todo lo sagrado; personas infames que, caldeadas en el horno de la concupiscencia, caen en brazos de las perversas hijas de Belial, á quienes entregan su sueldo, su honra, su salud y hasta su vida; seres repugnantes que, persuadidos erradamente de la necesidad y conveniencia de gozar en este mundo, se aficionan á toda suerte de placeres, y pasan las nocturnas horas en medio de sensual sibaritismo, sin poder aprovechar aún para sí propios; entes, finalmente, perversos, poseídos de luciferina ciencia que, no bastando ellos en la maldad, trabajan por seducir á sus semejantes, aherrojándolos en *clubs* antisociales y en *tenidas* antirreligiosas, donde beben la iniquidad á costa de sus propios intereses, y de donde salen hambrientos de trastornar los cimientos sociales. He aquí el empleo que los mundanos hacen de la noche, perdiendo miserablemente las horas que deberían consagrar á sus familias, derrochando sus intereses que deberían utilizar en fines provechosos, dejando escapar la honra que deberían guardar en beneficio de todos, y aniquilando su existencia que deberían conservar para la virtud y el trabajo.

No, empero, así los buenos cristianos, quienes, terminadas las horas de labor, y llevando tranquila su conciencia, pene-

tran con la satisfacción de un santo en sus casas, donde, ofreciendo sus mejillas sonrosadas á su esposa é hijos, permiten que en ellas impriman ósculo de paz, el cual devuelven. Ved cómo á los tibios resplandores de humilde lámpara rezan devotamente el rosario á la Madre de Dios, dando gracias al Omnipotente por los beneficios á ellos dispensados durante el día, y solicitando nuevas mercedes espirituales y temporales para la noche. Ved cómo, sentados á la mesa y pidiendo la bendición al cielo, cenan frugalmente, tranquilos, sosegados, razonando con honestidad y terminando la parca cena con la acción de gracias. Ved cómo, después de pasado breve rato en conferencias doméstico-morales, se disponen para el descanso, al cual miran como imagen de la muerte, no entregándose jamás á él sin haberse encomendado antes al Señor, á la Virgen y á los santos. Observad cómo, poseídos de la serenidad del alma justa, duermen el sueño reparador, en el que invierten tan sólo las horas precisas para el descanso. Observad, en fin, cómo al despertar de la aurora, entre los himnos que la creación dirige al Creador, mezclan ellos el suyo, y habiendo visitado el Sacramento Santísimo, y asistido al Sacrificio incruento, entran de nuevo en el ejercicio peculiar de sus labores, fuente de honradez y semilla de virtudes.

2. Mas he ahí que Jesucristo Sacramentado á quien estos cristianos aman, si es verdad que tal método de vida ó muy parecido exige, no se da por satisfecho. Jesucristo se encuentra en los tabernáculos solo, olvidado, despreciado y escarnecido; esta triste soledad de Jesús aumenta realmente por las noches á proporción que las almas cristianas abandonan los lugares santos para morar en el retiro de sus casas; y Jesús ha querido quedarse constantemente con nosotros para sernos útil; no es razón, pues, que por las noches pase en angustiosa soledad su residencia, y he ahí por qué exige algo más; he ahí por qué pide de los fieles un acto de abnegación, un acto de sacrificio; no un acto de heroísmo, por más que bien pudiera ordenarlo. Y esta clase de sacrificio consiste únicamente en que neguemos por algunas

horas el sueño á nuestros ojos á fin de que los abramos á la presencia de Jesucristo oculto en el Sacramento, y en que nos desprendamos de alguna moneda que, como la viuda del Evangelio, arrojemos en el cepillo del santuario para invertirla en el culto nocturno de nuestro amado Salvador. Esto es lo que Jesús exige de los buenos cristianos, debiendo obligarnos á sus deseos, tanto más cuanto que, puestos en práctica se convertirán en poderoso imán que atraerá poderosamente las almas heladas en derredor de la Hostia santa para que, calentadas con sus divinos rayos de amor, quemem la escoria de los pecados y purifiquen las virtudes gastadas, de suerte que los católicos se junten en unidad de espíritu el cual produzca el vínculo de la paz cristiana.

Deseando manifestaros lo grato que debe ser á Dios y á los católicos, y lo provechoso que es á la sociedad semejante género de sacrificios, adopto por tema el siguiente: *La adoración á Jesucristo Sacramentado durante la noche es la obra eucarística más simpática de las conocidas y una de las necesidades imperiosas de los actuales tiempos.*

Esta hermosa proposición y su completo desarrollo será el objeto que me propongo.

#### PARTE 1.<sup>a</sup>

3. Cuando la creación entera de común acuerdo eleva durante la noche un himno de gratitud al Hacedor Supremo, justo, muy justo será que nosotros, hijos de Dios, mucho más nobles que las criaturas insensibles, nos asociemos en espíritu á aquella y cantemos también, fervorosos, plegarias mil á nuestro Dios Sacramentado. Observad por un momento lo que es y significa la noche, las maravillas que contiene, los misterios que encierra y las provechosas lecciones que enseña, y luego me responderéis que es imprescindible para un ser racional alabar por la noche al Creador y pasar gustosos unas horas al pie del Sagrario, cortejando á este mismo Creador anonadado en el Sacramento. Después que los últimos rayos del sol se pierden en el Oeste para dar lugar al crepúsculo vespertino; cuando las vagas

sombras empiezan á cubrir la superficie de la tierra, y las parleras aves emiten su postrer gorjeo, despidiéndose del día, y el cáliz de las flores se inclina sobre sí mismo para ocultar sus pistilos, y el labrador, desunciendo sus yuntas y recogiendo sus agrícolas instrumentos, abandona sus labores para retirarse á su casa: entonces comienzan á aparecer débiles puntos luminosos en el espacio, y creciendo las sombras, y extendiéndose como enlutado manto sobre nuestro globo, realzan la claridad de la luna y la brillantez de las estrellas que, á falta de trinos de jilgueros, y de esencias de flores, y de coplas rústicas del campesino, cantan al Ser supremo ese mudo pero elocuente himno que arrebató nuestro espíritu. ¡Qué grandioso, qué imponente es el firmamento en noche serena, cuando la creación reposa tranquila en su propio regazo, y un silencio sepulcral lo llena todo, á no ser el blando susurro del viento que mece las copas de los árboles, el murmurio de las corrientes cristalinas que se deslizan entre infinitas pedrezuelas, ó el brusco paso del ave de rapiña interrumpido por feo graznido! ¡Qué magnífico no es el firmamento contemplado atentamente por el hombre! La dulce obscuridad que nos envuelve hace resaltar mejor las preciosas tintas que en el terso lienzo del sidéreo cielo colocó la bella mano del Eterno.

En efecto: cuando todos esos millones de puntos luminosos con multicolor centelleo, conocidos por estrellas, guardan entre sí mismos ese movimiento de progresión en derredor de su propio sistema, sin chocar, sin confundirse ni desplomarse; cuando todas esas admirables constelaciones se agrupan entre sí mismas para pintarnos diversas bellas figuras; cuando todas esas manchas blanquecinas, llamadas nebulosas, se ordenan en larga procesión que cruza los espacios sin descanso; cuando todos esos inmensos mundos, denominados planetas, con luz multicolor, se empeñan por girar variada y ordenadamente en derredor del sol, arrastrando en pos de sí á los satélites que á su vez se aunan por describir órbitas curvilíneas en derredor de los planetas y del astro solar; cuando todos esos cuerpos celestes acom-

pañados de ráfagas luminosas se esfuerzan por brillar en la órbita que pausadamente recorren; cuando las fugaces estrellas aparecen y reaparecen para presentar el cuadro sidéreo más sorprendente; cuando esa lámpara colgante con su luz de bruñida plata preside la noche, y marcha impávida y serena desafiando los vientos y las nubes y señalando el camino al viajero; cuando todos esos meteoros luminosos nocturnos que rompen la monotonía de la noche con vivísimos resplandores, sobre todo la aurora boreal, meteoro nocturno el más sorprendente, que comunica á las nubes extraordinaria luz, la cual se extiende hasta cerca del cenit, semejando á la claridad del alba; cuando todas estas maravillas divinas, repito, se congregan, se combinan y se exhiben en el firmamento para en medio de la noche elevar silenciosas á Dios el himno más precioso que el universo entona, justo, muy justo es que el hombre, redimido con la sangre del Hijo de Dios, eleve también á este Hijo de Dios Sacramentado, en medio de la noche, y en el silencio del santuario, la plegaria más fervorosa del corazón. Y no importa, no, que en esas horas nocturnas, el viento tempestuoso silbe fuertemente, ni que el frío glacial ostente sus desnudeces, ni que el agua caiga á torrentes, ni que el relámpago deslumbre horriblemente, ni que el trueno augure la tempestad vecina. No; no importa todo esto, porque en las furiosas tempestades y tormentas los diversos meteoros se congregan también para manifestar elocuentemente la grandeza del Inmenso. Sus efectos combinados no son más que grandioso poema que elevan al Creador; por esta razón, si las criaturas inanimadas salen de vez en cuando de sus prisiones y se exhiben durante la noche en el santuario del universo para bendecir al Altísimo, ¿no será justo que el hombre, para quien todas esas creaciones fueron hechas, salga de su casa á la misma hora y, uniéndose á ellas, publique en el santuario del templo las misericordias de ese Dios Sacramentado?

¶. Así lo efectuaron devotamente los patriarcas y los profetas de la Ley antigua. Compenetrados hasta sus fibras

más delicadas de aquel mandato que el Omnipotente les había gravemente impuesto: «Estaréis día y noche junto al tabernáculo (1),» lo ponían en pronta y perfecta ejecución, como que amaban y temían á su Señor. Mientras los hijos de Israel, errantes por el desierto, peregrinaban bajo la tutela inmediata del Altísimo, el Arca santa, salvaguardia poderosa de los mismos, era circundada por la noche con una columna alta de fuego, así como durante el día era rodeada y precedida por hermosa columna de blanca nube. Aquella columna de vivísimo fuego no hacía resaltar de valde ó por necia casualidad la gloria de Dios, presente de especial modo en el Arca. El Eterno la había puesto allí en aquella circunstancia, para manifestar al pueblo hebreo que si debía velar y orar durante el día, eso mismo debería practicar durante la noche, pues el Omnipotente idéntica gloria y las propias maravillas obraba en favor de su pueblo tanto por el día como por la noche. He ahí por qué el santo Jehová ordenaba á sus hijos quemasen hostias en su altar durante las nocturnas horas (2), no precisamente porque guardasen con materialidad estas hermosas ceremonias, sino por el fin principal de que el pueblo israelita orase é hiciese la corte á Dios, aún en las altas horas de la noche. Convencido de este soberano mandato, el real profeta se levantaba á media noche para cantar las alabanzas divinas (3), y él mismo asegura que se acordaba en las horas nocturnas del nombre de Dios (4), y que meditaba su ley santa en todas horas (5). La noche adoratoria era para David su luz y sus delicias (6), de tal suerte que esas horas sombrías venían á transformarse para él en horas de claridades tan bellas como las claridades de apacible mañana (7). Por esta razón aconsejaba á los demás con todas las fuerzas de su celoso espíritu tendiésemos por las noches nuestras manos

(1) Levit. VIII, 35.

(2) Levit. VI, 9.

(3) Ps. CXVIII, 62.

(4) Ps. CXVIII, 55.

(5) Ps. LXXXVII, 2.

(6) Ps. CXXXVIII, 11.

(7) Ps. CXXXVIII, 11 y 12.

hacia el santuario (1), y que bendijésemos en esos momentos al Señor. ¡Tanto era el fruto práctico que obtenía, y la consolación dulce que experimentaba cuando oraba al Señor por la noche! El profeta Isaías aspiraba unirse á su Dios en las nocturnas horas (2), y el vate de las lamentaciones gemía de noche ante la Majestad divina por los pecados de la reina de las naciones (3). Esto mismo practicaron otros profetas de la Ley antigua, no distinguiendo del día á la noche para los asuntos de la deprecación (4).

Y porque los santos anteriores á la venida de Jesucristo N. Señor velaban ante el altar de los holocaustos durante la noche, y porque todos ellos pasaban repetidas noches suplicando al Dios de las alturas, he ahí por qué este soberano Rey de los siglos les favoreciese y les hiciese copartícipes de sus divinos secretos. Por la noche apareció el Excelso á Abraham para afianzarle su dignidad de Patriarca (5); por la noche favoreció á Jacob con la visión de la celestial escala (6); por la noche habló tres veces á Samuel para intimarle los castigos fulminados contra la casa de Helí (7); por la noche visitó á David para derramarle consolaciones divinas; por la noche (8) conferenció con Salomón para prometer mil bendiciones y gracias á los que frecuentaren el templo por aquél fabricado; por la noche se mostró á Daniel para otorgarle sabiduría y ciencia profética (9); por la noche se manifestó á Zacarías (10) para escuchar su oración y perdonar por ella al pueblo de Dios; por la noche oyó la súplica de Judas Macabeo, quien, ordenando á sus huestes que permanecieran en oración durante tres noches consecutivas, triunfó de los enemigos (11). ¡Ah! digámoslo

(1) Ps. CXXXIII, 2.

(2) Isai. XXVI, 9.

(3) Threnos.

(4) Daniel é Isaías.

(5) Genes. XV, 5 y XXII, 17.

(6) Genes. XXVIII, 12.

(7) I Reg.

(8) II Paralip. VII, 12.

(9) Dan. II, 19.

(10) Zachar. I, 8.

(11) II Machab. XIII, 10.

de una vez: por la noche se realizaron las creaciones más asombrosas; prodigios como el de la Anunciación del Angel á la Virgen María y Encarnación del Hijo de Dios; prodigios como la Natividad del Salvador; prodigios como la Institución del Santísimo Sacramento; razón poderosísima, y dicho sea de paso, para que los fieles cristianos veneren este misterio adorable por las noches como le veneramos á la luz del día.

5. El Dios Hombre había instituído el más bello de los Sacramentos en la noche de la cena, y tanto los apóstoles como los primeros cristianos debieron tener una devoción especial á esta noche, ya que la abrigaban íntimamente para con el Misterio que había sido instituído en ella. Las Actas de los apóstoles (1) reseñan detalladamente la memorable noche en que S. Pablo celebró el augusto Sacrificio del Altar y dirigió la divina palabra hasta venida el alba á una numerosísima concurrencia.

Era llegada la época de los mártires en que la Iglesia debía mandar todos los días flores al cielo, y los cristianos, que en manera alguna podían omitir la celebración de los sagrados Misterios, se reunían secretamente por la noche á fin de solemnizarlos. Yo no puedo menos de ofrecer algún hermoso detalle sobre el particular, ya que de tanto consuelo y estímulo debe ser para nosotros recordar las antiguas prácticas eucarísticas. Pero debo ser breve porque los límites del presente discurso me impiden otra cosa. Trasladados ahora por un momento á las necrópolis cristianas, á las interminables catacumbas de Roma; lo que en ellas pasaba eso mismo con poca diferencia sucedía en las de África y España. Allí se exhiben todavía los lugares donde se celebraban solemnemente los sagrados Misterios, donde los Papas efectuaban las ordenaciones eclesiásticas, donde todo un pueblo, el pueblo cristiano, que de libertad carecía para tener sus religiosas funciones en templos públicos, celebraba las mismas funciones durante la noche en esos se-

(1) Act. XX, 7.

pulcros tenebrosos. El diácono señalaba á los fieles el día y la hora en que deberían tener lugar las asambleas, que solían ser celebradas la víspera de las grandes solemnidades y después del crepúsculo vespertino. Mas, no creáis, no, que aquellos oscuros calabozos, excavados en la toba granular, eran testigos mudos de los cánticos sagrados, por el espacio de dos ó tres horas solamente: era la noche entera la que aquellos adalides del Cristianismo se pasaban en oración, y en el canto de los salmos, y en la asistencia al santo Sacrificio y al sermón, y en la recepción de los divinos sacramentos. De aquí el nombre de vigiliat que se daba á dichas eucarísticas funciones, cuyo uso práctico ha llegado hasta nosotros por medio de la Adoración Nocturna.

Esto que tenía lugar en las memorables catacumbas, se realizaba, asimismo, en las casas particulares destinadas al servicio divino; y más de una vez los emisarios de los prefectos romanos apresaron á nuestros cristianos por la noche, en el acto de solemnizar sus augustas funciones. También tenía efecto en las cárceles donde, aherrojados en duras prisiones, moraban los santos confesores. ¡Qué diálogos tan tiernos y edificantes eran pronunciados entre los futuros mártires de dos estancias diversas de la cárcel! ¡Qué actos eucarísticos tan ribeteados de fervor purísimo se celebraban en aquellos oscuros calabozos! Otro tanto se verificaba en la celda del enfermo á donde concurrían el sacerdote y los fieles para celebrar los misterios eucarísticos por el doliente; como también en los áridos desiertos donde los anacoretas maceraban sus cuerpos y entonaban á Jesucristo miles de cánticos: prácticas cristianas que se celebraban con majestad, esplendor y profusión por la noche, mientras el pueblo sibarítico romano se mecía en blandas plumas ó apuraba el cáliz de los sensuales deleites. Los que buscan remotos principios en todas las instituciones, bien pueden apellidar á las prácticas mencionadas el génesis de la Institución Adoradora á Jesús Sacramentado, por los muchos puntos de contacto que con ellas tienen.

6. Y no creáis que con el decurso del tiempo, á la ma-

nera que se perdieron en el olvido varias de las prácticas antiguas, ésta de que nos ocupamos dejó de tener existencia. Lo que como solemnidad pública no pudo arraigar por más tiempo en las catedrales y demás templos, halló favorable acogida en el corazón de los siervos de Dios y en las instituciones colectivas que fundaron. Un S. Francisco de Asís que, en alas de su fervor, y postrado ante la augusta Majestad del Sacramento, pasaba las noches enteras repitiendo entre raudales de dulzura: Dios mío y todas mis cosas. Un Sto. Domingo de Guzmán que, llevado de impulsos divinos, permanecía arrodillado toda la noche como inmóvil estatua ante el Sagrario, arrimando su cabeza á la fría grada cuando el sueño invenciblemente de él se apoderaba. Un S. Wenceslao, duque de Bohemia que, inflamado en santa caridad, salía secretamente de su casa para estarse fijo de noche en los umbrales de los templos, acechando por la cerradura ó por los resquicios de la puerta el santo Tabernáculo, nido de sus castos amores. Un S. Pascual Bailón que, á fuer de enamorado, entretenía las nocturnas horas hablando con Jesús prisionero en la Hostia. Un S. Pedro de Alcántara que descansaba sólo al día hora y media, y lo restante lo pasaba en el templo en amoroso éxtasis, fundiendo su espíritu en el espíritu del Señor Sacramentado. Una condesa de Feria que, no pudiendo separarse ni un momento de su Amado, ordenó fabricar una reducida tribuna para arrobarse de día y de noche ante los bellos encantos de la santa Eucaristía. Pero, ¡qué! no prosigamos en la acumulación de pruebas, ya que, sin temor de equivocarme, puedo asegurar que no ha habido siervo de Dios que toda ó parte de la noche no la haya gastado junto al calor del Sagrario.

He dicho que las instituciones colectivas, erigidas por los santos, participaron naturalmente del celo y del espíritu de su bienaventurado fundador. Un hecho á todas luces palpable demostrará mi aserción. Me refiero al canto de los maitines á media noche, llevado á cabo por las órdenes monásticas y por casi todas las mendicantes. ¡Qué acto tan solemne y conmovedor, y de consecuencias tan provecho-